

«PADRE NUESTRO»

Hugo McCord



¡Cuán vívidas y grandiosas, cuán majestuosas y sobrecogedoras son las descripciones de nuestro Dios que se hacen en la Biblia! La primera impresión que me formé de Dios es que Él es el gran Creador y Hacedor de todas las cosas, una impresión que adquirí sentado en las rodillas de mi madre, exactamente como usted puede haber adquirido la suya. Más adelante leí:

Porque he aquí, el que forma los montes, y crea el viento, y anuncia al hombre su pensamiento; el que hace de las tinieblas mañana, y pasa sobre las alturas de la tierra; Jehová Dios de los ejércitos es su nombre (Amós 4.13).

Sus supremos poderes nos fascinan: «Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas [...]» (Romanos 1.20). Nos quedamos asombrados delante de un Dios así.

Otra impresión de mi niñez, que mi madre y la misma Biblia imprimieron en mí, era que Dios no solamente es el Creador, sino que también es «Dios el Juez de todos» (Hebreos 12.23). Él traerá toda obra a juicio, visible o invisible, buena o mala (Eclesiastés 12.14). Por lo tanto, habiendo oído del temor del Señor (2ª Corintios 5.11) y de la certeza del juicio, nosotros los humanos nos llenamos de asombro delante de Él.

SOMOS FAMILIA DE ÉL

No obstante, la más entrañable y preciosa impresión de Dios no es que Él tiene poder sin límite, ni que es Juez de todos, sino que es nuestro Padre. Si es nuestro Padre, entonces somos familia de Él, y Él cuida de nosotros. Son los seres humanos, no los animales, los que son hechos a imagen de Dios (Santiago 3.9). Debido a Su interés en nosotros, dijo Dios a Cristo: «Hagamos al

hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza» (Génesis 1.26a). Esta es una atrayente idea que los evolucionistas no pueden disfrutar, pues ellos creen que el hombre está hecho a imagen de algún animal inferior. Los que creen en la Biblia se regocijan de que el hombre fue «hecho poco menor que Dios» (Salmos 8.5; ASV), y de que es hijo del «Padre de los espíritus» (Hebreos 12.9). Todos los hombres son hijos de Dios por creación, y hay un Padre de toda la humanidad (Génesis 6.2; Lucas 3.38; Hechos 17.26).

Estimulante es, pues, la idea de que nuestro linaje no proviene de abajo, sino del cielo. No obstante, un hombre que sólo se regocija de ser hijo de Dios por creación, que jamás llega a ser hijo de Dios por el evangelio, tiene un final peor que el de los animales inferiores. Los animales inferiores mueren y dejan de existir; pero hay algo en el hombre que nunca puede morir, que está en peligro de quemarse en fuego eterno. Al que tiene el privilegio de llevar la imagen de Dios, pero rehúsa obedecer a su Padre, mejor le fuera no haber nacido. Para estar completo, un hombre debe ser hijo de Dios en *dos* sentidos: creación y nueva creación. Le nace como bebé a padres terrenales, pero debe nacer de nuevo (Juan 3.3). Debe convertirse en «nueva criatura» (2ª Corintios 5.17) en Cristo el Señor. «De cierto, de cierto», dijo nuestro Señor, «a menos que un hombre¹ nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Juan 3.5; KJV).

SOMOS PRECIOSOS PARA ÉL

Jesús conoce el sentimiento que brota en su corazón cuando usted se imagina a su padre, y Él quiso que Sus discípulos se imaginaran a Dios de ese modo. Puesto que un padre terrenal hará sacrificios para poner pan en la boca de su hijo, «¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?» (Mateo

7.11). Él, por ser ilimitado, sabe de mí más de lo que yo mismo sé, y muestra de ello es que tiene contados aun los cabellos de mi cabeza (Lucas 12.7). El que no olvida ni siquiera a un pajarillo, tranquiliza a sus hijos, diciéndoles: «No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos» (Lucas 12.7).

Una madre de siete niños dijo: «Cada uno de mis hijos es tan precioso como todos los demás». Un padre humano es amoroso, pero ¡cuánto más lo es el Padre infinito! Él vela celosamente por mí, y al mismo tiempo está igualmente preocupado por una persona que está al otro lado del planeta. Conoce los nombres de más de seis mil millones de personas que ahora viven, y de otros miles de millones más que están en el mundo de los espíritus. Él oye cuando las almas que están bajo del altar (los que sufren persecución²) claman al Redentor (Apocalipsis 6.9–10). Cada una de las más de seis mil millones de imágenes de Dios que todavía están en la carne, pueden clamar a Él al unísono; no le agobia el oírlas todas. No, Él oye a cada una de ellas con la misma paciencia e interés de corazón que si se tratara de la única persona sobre la tierra.

SOMOS RESPONSABLES

Por supuesto que el Padre no oye al que ora insinceramente. Hasta una oración del que aparta su oído de la ley de Dios, es repulsiva y abominable (Proverbios 28.9). Los ojos del Señor están sobre los justos, y Sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal (1^{era} Pedro 3.12). Él pide a los que desean hacer el bien que le hablen a Él siempre, y que no desmayen (Lucas 18.1).

Tanto el padre terrenal como el Padre celestial se complacen cuando un hijo hace una pausa para decir «Gracias». El gran corazón del Padre se contrista cuando salgo de mi recámara por la mañana sin hablar con Él, y le causa dolor que de una manera descarada y desconsiderada lleve yo a cabo las actividades del día sin confiarme a Él y sin suplicar Su cuidado providencial. Cuando usted, al igual que Jesús (Marcos 1.35), considera que no puede llegar al final del día, ni hacer lo que debe hacer, sin haber tenido una conversación privada con su solícito Padre, Este se complace. Cuando usted va a un lugar desierto, o entra en un jardín «cuando todavía está el rocío en las rosas»,³ con el fin de hablar a su Dios en secreto, usted recibirá fortaleza para el día, y no será blanco fácil para Satanás. «[...] Y como tus días serán tus fuerzas» (Deuteronomio 33.25). Si usted, al igual que Daniel, se toma un tiempo a mitad del día, para sentarse en lugares celestiales con un compañero divino, usted

será más amable y más paciente a medida que su día de trabajo avanza. En la noche, no deje de expresar gratitud por su pan y su lecho, por sus familiares y amigos, por misericordias y protección, por el perdón y la purificación; el gozo de la salvación le será restaurado, y su sueño será más profundo y lleno de paz.

TENEMOS AUDIENCIA CON ÉL

Usted tiene un Padre. Él es *su* Padre. Los humanos tenemos el privilegio de hablar directamente con el Dios altísimo, el poseedor del cielo y de la tierra, el Padre celestial. ¿Por qué deberíamos ser tentados a orar a otro? Es triste que a millones de niños inocentes se les enseñe a orar a María y a los santos. Ni siquiera a los ángeles se les ha de dar deferencia indebida (Mateo 4.10; Colosenses 2.18; Apocalipsis 22.8–9), mucho menos a seres humanos, estén en su cuerpo o fuera de él (Hechos 10.25–26; 14.15). Los que oran a María están adorando y sirviendo «a [la criatura] antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos» (Romanos 1.25). Regocijémonos de que podemos hablar al Padre como un hombre habla con un amigo, y que a uno y otro lado están el Espíritu Santo (Romanos 8.26–27) y Jesús (1^{era} Juan 2.1) para interceder por nosotros.

Habrán quienes creen que es demasiada confianza usar el «Tú» y no el «Usted» para hablar con Dios. Es cierto que el uso de «usted» es más formal, pero el lenguaje formal no es más respetuoso que las palabras corrientes. No es así, no hay límite a la confianza que se pueda tener con el Padre, a quien le gustaría pasear con usted del mismo modo que paseó con Adán bajo las ramas de los árboles del Edén al fresco del día antes que el pecado entrara en el mundo (tal como lo insinúa Génesis 3.8a). Es posible para un humano andarse con demasiadas ligerezas con Dios, y esto es algo que debe censurarse. No obstante, en el sentido de una amistad estrecha, con Dios debe tenerse confianza, pues fuimos hechos a Su imagen. Podemos acercarnos a Él con nuestros más profundos pensamientos; Él conoce todo acerca de nosotros. Nuestras vidas deben servir para alabanza y gloria de Su gracia.

TENEMOS SU CUIDADO Y PREOCUPACIÓN

Cuando me quejo de mi situación en la vida, o de lo que he tenido que padecer, la intachable conducta de José cuando fue maltratado, debería avergonzarme. La mano del Padre estuvo en todo lo que le sucedió. El Padre de José y mío manda que yo eche toda mi ansiedad sobre Él, porque tiene

cuidado de mí (1^{era} Pedro 5.7). Cuando estoy tentado de quejarme, Él reprende amablemente, diciendo: «Habéis olvidado» que a un hijo hay que disciplinarlo de vez en cuando (vea Hebreos 12.5). Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, Él me ha suplicado que entienda esto: «Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo» (Hebreos 12.5b, 6).

Hubo momentos en los que le pedí a mi padre terrenal (a veces con lágrimas) cosas que no me concedió. Él sabía que no iban a ser buenas para mí. A veces el Padre celestial, debido a que me ama, rehúsa darme lo que pido. Él sabe mejor que yo. Cuando llegue a la ancianidad, delante de Él todavía seré joven. Él nunca deja de oír, ni de responder de la mejor manera mi oración y la suya, siempre y cuando guardemos sus mandamientos y hagamos las cosas que son agradables a Él (1^{era} Juan 3.22). Si hay algo que usted pide una y otra vez, pero se le niega, recuerde a Pablo, que repetidamente oró para que le quitaran el aguijón en la carne (2^a Corintios 12.8–9). La Palabra de fe nos tranquiliza con que Dios no quitará bien (Salmos 84.11). Él desea que usted sepa que al responder negativamente su solicitud, Él hará que las cosas ayuden a bien.

Si usted, al igual que Jesús, ofrece «ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas» (Hebreos 5.7) al que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos (Efesios 3.20), Él no desea que nos desconsolamos porque se nos niegue algo que pidamos. Puede ser que lo que usted pide no conviene a otros. Los ojos del Señor contemplan toda la tierra (2^o Crónicas 16.9), y miran adelante hacia la eternidad. El Padre de Jesús no deseaba verlo sufrir, pero le negó lo que pidió en oración. El Padre de Jesús es su Padre también, y lo vio a usted antes, cuando todavía no había nacido. Debido a que nos vio a usted y a mí, y se preocupó por nosotros, Dios quebrantó a Su Hijo unigénito y lo sujetó a padecimiento (vea Isaías 53.10). Así la ferviente y penosa oración de Uno que siempre agradó a Su Padre (Juan 8.29) no fue respondida. Si el Padre declina su repetida súplica, debe recordar que usted no es mejor que Su Hijo unigénito.

TENEMOS SU FIDELIDAD

Usted cuenta con un Padre todopoderoso que es eficaz para guardar su depósito para aquel día (2^a Timoteo 1.12). Para darnos certeza de tal bendición eterna, Él hace que todas las cosas ayuden

a bien siempre y cuando usted lo ame (Romanos 8.28). ¿Cómo puede Él velar y acomodar las situaciones de su vida de modo que todas ayuden a bien? La respuesta a esta pregunta no debe preocuparle a usted. Preocúpese por creer y por no dudar. Él hará lo que dijo. Dios es fiel. No dude, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino fortalézcase en fe, dando gloria a Dios Padre (Romanos 4.20).

Aun cuando parezca que ya tiene más problemas de los que puede soportar, aun cuando los años de adversidad se amontonan, crea en esperanza hasta el final para que sea fiel hasta la muerte.

TENEMOS SU SALVACIÓN

No solamente provee Él para usted personalmente (providencia personal y especial) al hacer que todas las cosas ayuden a bien, sino que interviene cuando Satanás trata de acercarse más de la cuenta. Él no dejará que sea usted tentado más de lo que puede resistir, sino que dará también la salida de esas tentaciones que se interpongan en su camino (1^{era} Corintios 10.13).

Su Padre es más grande que todos, y ni el hombre ni el diablo tienen poder para arrebatarse de Su mano (Juan 10.28–29). Usted puede actuar de tal modo que el buen Padre lo deseche para siempre (1^o Crónicas 28.9), pero esto sería culpa suya. Si usted desea ir al cielo, Él es poderoso para guardarlo sin caída y presentarlo sin mancha delante de Su gloria con gran alegría (Judas 24). Los que sean apartados y puestos a la izquierda, y sean condenados para siempre, no podrán levantar el dedo acusador diciéndole a Dios: «Es culpa Suya». No, a Él le duele cuando hacemos mal, y ha hecho todo lo que un Padre bueno y justo puede hacer para salvarnos y permitirnos estar con Él.

Diles: Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel? (Ezequiel 33.11).

El Padre quiere que todos los hombres sean salvos (1^{era} Timoteo 2.4). No desea que ninguno perezca (2^a Pedro 3.9). Del mismo modo que un padre terrenal se compadece de sus hijos, se compadece el Padre celestial de los que le temen, pues él conoce nuestra debilidad, y se acuerda de que somos polvo (Salmos 103.13). Él es «muy misericordioso y compasivo» (Santiago 5.11), y «clemente [...] lento para la ira, y grande en mise-

ricordia» (Salmos 103.8).

CONCLUSIÓN

Por Su gracia podemos formar parte de Su familia, recibir Su Espíritu, y orar al «Padre nuestro» de un modo que los no cristianos no pueden hacer. Sólo los que han sido bautizados en Él verdaderamente pueden decir: «¡Abba, Padre!» (Gálatas 4.6). Si usted verdaderamente puede decir: «¡Abba, Padre!», usted ya no es hijo del diablo ni esclavo del pecado, «sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo» (Gálatas 4.7). Un príncipe puede andar con paso enérgico y alegría de corazón, pero ¡cuánto más gozo debería

usted tener por ser hijo del Rey! «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1^{era} Juan 3.1).

Cuando ore, diga: «Padre nuestro».

¹ «Un hombre» ya es hijo de Dios por nacimiento natural, pero esta relación de hijo es insuficiente.

² La situación de las almas que están «bajo el altar» (Apocalipsis 6.9–10) es comentada ampliamente en David Roper, «¿Tiene usted preguntas? ¡Dios tiene respuestas!», Apocalipsis, núm. 4, *La Verdad para Hoy* Tomo 5, (N.º 7/8): 9.

³ C. Austin Miles, “I Come to the Garden Alone” («Vengo al jardín solo»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1996).

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS